

unidad — una gran parte del gobierno de la Iglesia. Cuanto mas borrascoso era el período de gobierno de un arzobispo, tanta mayor consideración alcanzaba el cabildo, al cual correspondió muy pronto, además del derecho de elegir obispo, el de representarle en su ausencia, con lo que atrajo á sí toda la administración. Ahora bien, el arzobispado de Bremen, desde los tiempos de aquel arzobispo Adalberto que tan importante papel representó en la historia de Enrique III y de Enrique IV, había entrado en la senda de una política universal y de amplias miras. Ciertamente el plan de Adalberto de fundar un patriarcado septentrional había fracasado, pero desde entonces apenas se notaba en el Norte de Europa una acción importante cuyos hilos no se extendieran hasta Bremen. Una tradición de grandes ideas era la herencia que Adalberto legó á su Iglesia. Muchos de sus sucesores, sin embargo, no estuvieron á la altura de tan elevada misión y el mismo Hartwich, á pesar de su ambición desmedida, no era un hombre de Estado. Con él comenzó para su archidiócesis un desdichado período de intranquilidad, cuya causa interna hay que buscar no solo en la inconstante persona de Hartwich sino también en las contiendas entre los Staufen y los güelfos. Hartwich se alió con el güelfo nuevamente reducido á la obediencia y fué arrastrado á la lucha civil que entonces estalló, siendo destituido por el cabildo, que puso á otro en su lugar. Cuando después el clero volvió á reconocerle los laicos se le opusieron, entablando entonces el arzobispo sangrienta lucha con el duque Alberto de Holstein. El emperador Enrique VI restableció la paz, porque supo contrarrestar unas con otras las fuerzas que le combatían y hacerlas entrar por la senda que su voluntad había trazado. En la primavera de 1197 tomó parte Hartwich en aquella cruzada en que el duque Federico convirtió en orden teutónica la de los caballeros hospitalarios que los alemanes tenían en Jerusalén.

En estas circunstancias, la importancia del cabildo se aumentó en todos sentidos: dos veces en un corto plazo había tenido en sus manos toda la política y la administración de la archidiócesis, y había aprendido en tiempos difíciles á amoldarse á los hombres y á los acontecimientos. Tal era la escuela en que se había formado el joven canónigo á quien la suerte había puesto á la sazón al frente del obispado de Livonia, que todavía no existía mas que en la imaginación.

CAPÍTULO II

EL OBISPO ALBERTO

Con energía y circunspección poco comunes puso manos á la obra el nuevo obispo, consagrado en los primeros días del mes de marzo de 1199. En el verano del propio año lo encontramos ya en Gotia, donde impuso á unos 50 hombres la cruz para la expedición á Livonia, y desde allí fué á visitar al rey Canuto de Dinamarca, al duque Waldemaro de Schleswig y al arzobispo Absalon de Lund. Este último era el poderoso rival de Bremen en el Norte; al de Schleswig se le consideraba como uno de los mas turbulentos príncipes de la Alemania septentrional, y en cuanto al rey Canuto, podía en cualquier tiempo con su escuadra bloquear los puertos del Trave. Alberto consideró de mucha importancia tener propicios á los tres, y esto era proceder con prudencia suma, pues había estallado nuevamente la lucha entre güelfos y Staufens, cuya clave eran Felipe de Suabia por parte de los últimos y Oton de Brunswick por la de los primeros. Para Livonia y para los planes del porvenir que había forjado Alberto era una cuestión de vital trascendencia resolver á cuál de las dos partes se inclinaria, haciéndose mas difícil la situación cuan-

do el papa Inocencio III se decidió por el güelfo. Cuando Alberto hubo obtenido del Papa una bula en que éste excitaba á los fieles de Sajonia y de Westfalia á que procuraran el perdón de sus pecados defendiendo á la Iglesia livonia contra los paganos, se decidió á tomar posesión de su cargo y dió una prueba de gran independencia con el hecho de atreverse, en cuanto parecieron aseguradas las condiciones previas para un éxito feliz, á celebrar la fiesta de Navidad en Magdeburgo con el rey Felipe, tanto mas cuanto que éste y su esposa Irene se presentaron por vez primera ostentando todas las insignias reales, llevando el rey Felipe, según expresión de Walter de Vogelweide, «el rico cetro y la corona.»

Después obtuvo la recompensa: por de pronto, el rey Felipe no pudo hacer otra cosa mas que prometer amparar los bienes de los peregrinos ausentes. Esto era ya algo, y el obispo Alberto consiguió atraerse en el campamento real á una multitud de caballeros para la expedición á Livonia. Como se ve, los preparativos no podían demostrar mayor prudencia. A la primavera siguiente dióse el paso decisivo: en el mes de abril del año 1200 el obispo remontó el Duna al frente de una poderosa escuadra compuesta de veintitres buques. Los livonios quisieron oponerle resistencia, pero Alberto consiguió, con escasas pérdidas, forzar el paso hacia Uexkull y libertar á algunos monjes que á pesar de las asechanzas de que habían sido objeto se habían mantenido firmes hasta entonces. Aprovechando una tregua de tres días dirigióse el obispo á Holm, donde fué sitiado por los livonios, que faltando á su palabra habían logrado apoderarse de un buque alemán: los cruzados, sin embargo, le libertaron y devastándoles los campos obligaron á los livonios á firmar la paz. Esto no obstante, el obispo Alberto supo proporcionarse una seguridad duradera, empleando la astucia con el desleal enemigo. En efecto, consiguió apoderarse de los caudillos y ancianos de los livonios del Duna y de los thorooides, los cuales espantados por el gran número de cruzados que entretanto habían acudido desde la desembocadura del Duna, se sometieron y entregaron como rehenes treinta niños, hijos de sus hombres mas ilustres, que Alberto se llevó consigo cuando en el otoño se embarcó nuevamente para Alemania.

Antes de esto, sin embargo, había comenzado á ejecutarse un plan que debía ser para la colonia de trascendentales consecuencias. El derecho canónico prescribe que los obispos no pueden residir en castillos ni en aldeas pequeñas: ahora bien, en el país no había ninguna ciudad, pues la población vivía ó en pequeñas fortalezas ó en villorrios, y en cuanto á la antigua residencia episcopal de Ykeskola no respondía al objeto para que había sido fundada, pues inaccesible para los buques de gran porte, no podía halagar en manera alguna á un buen número de colonos alemanes. El que con fines mercantiles recorriera el Duna necesitaba un puerto cómodo y cercano al mar mas abajo de Ykeskola, donde la corriente del río era impetuosa y de escasa profundidad. El obispo Alberto, comprendiendo perfectamente todo esto y atento siempre á su propósito de conseguir una fundación permanente, hizo ceder por los livonios del Duna un terreno que le pareció muy á propósito para construir una ciudad, escogiendo un sitio que por la historia de Bertoldo nos es ya conocido y que los indígenas denominaban Rige, y enviando sin pérdida de momento á Roma al hermano Teodorico — el mismo á quien conocimos en tiempo de Meinhard — con el encargo de obtener del papa Inocencio III los plenos poderes, que le parecían indispensables, para la ejecución de su proyecto. Necesitaba ante todo una nueva bula de cruzada, pues los cruzados únicamente solían comprometerse por un viaje: además, era preciso que la población alemana se con-

centrara en un solo lugar para dirigir hacia éste el comercio y para poder ofrecer resistencia á los desleales indígenas. Inocencio accedió gustoso á las pretensiones de Alberto, le otorgó la bula y prohibió á los comerciantes, bajo pena de excomunión, que visitaran el cercano puerto semigalo del Aa curio. Entretanto, Alberto había recorrido toda la Alemania del Norte predicando la cruzada y había conseguido no solo reunir un ejército numeroso sino también atraerse á una porción de hombres que se declararon dispuestos — y de esto era de lo que se trataba, — á ser feudatarios del obispo y á residir, como tales, constantemente en Livonia. Había sabido llevar á los ánimos el convencimiento de que no se trataba ya de aventuras sino de una empresa que ofrecía garantías completas de éxito. Conrado de Meyendorf, cuya familia florece todavía en Livonia, y un noble llamado Daniel le siguieron para recibir en feudo á Uexkull y Lennewarden. Apenas hubo regresado Alberto á Livonia, en el verano de 1201, comenzó á construir la ciudad. El riachuelo Riga, brazo ó afluente del Duna, formaba mas arriba de su desembocadura en la orilla derecha de éste una especie de estanque tan grande que en él podía crearse un puerto cómodo y seguro: la vasta llanura que junto á este estanque se extendía fué cercada en el espacio que se consideró necesario con un muro, formando así un recinto cerrado dentro del cual comenzó el arzobispo la construcción del palacio episcopal y de la catedral diocesana, la iglesia catedral, pues allí y no en Uexkull debía residir el cabildo. Y como al propio tiempo se echaban los cimientos de muchos edificios de particulares, surgió en medio de aquel desierto con rapidez apenas creíble una ciudad, Riga, que había de ser la capital de la futura Livonia.

Animado era el espectáculo que entonces presentaban las orillas del Duna: los cruzados, el obispo con su séquito de sacerdotes, los muchos picapedreros y demás artesanos, los comerciantes con sus géneros, y los primeros buques en el puerto, y por otro lado los admirados y espantados livonios, que por vez primera desde que empezaron los viajes á Livonia no se atrevieron á quebrantar la paz jurada. Alberto abrió también nuevos horizontes al trato con los indígenas. Atento siempre á su principal objeto, que era crear un robusto núcleo desde el cual la colonia pudiera desenvolverse hasta constituir un Estado, no tuvo reparo alguno en firmar paz y alianza con los paganos curios y lituanos, para conseguir con ello auxiliares que pudieran servirle en la lucha con las demás poblaciones. Así transcurrió el año 1201, trabajándose con ardor aun en invierno, y en la primavera de 1202 pudo Alberto marchar á Alemania lleno de esperanzas en busca de mas trabajadores para su grandiosa obra. Los preparativos para ello debió ya haberlos hecho mucho antes, pues apenas hubo salido de Riga llegaron á ésta su hermano Engelberto de Appeldern, sacerdote de la orden de Neumunster, en Holstein, y los primeros ciudadanos que se habían decidido á establecerse definitivamente como colonos en aquella ciudad. La tradición no nos ha conservado sus nombres, á pesar de lo cual no creemos errar al suponerlos procedentes de Hamburgo y de Bremen, pues las armas municipales de Riga contienen, seguramente en memoria de la población primitiva, las llaves de Bremen y las torres de Hamburgo. De esta suerte quedaba creado un centro para las clases industriales, un punto de refugio para los días calamitosos y un amparo para el cristianismo de Livonia. Todavía para que la colonia prosperara debía hacerse algo mas: para conquistar la Livonia y dominarla no de una manera transitoria por medio del terror, necesitábase un ejército permanente ó, ya que esta idea era en aquellos tiempos desconocida, algo que hiciera sus veces. La población hostil

que alrededor de la ciudad se extendía no podía ser dominada por peregrinos comprometidos solamente por un año. Comprendiéndolo así, fundó Alberto la orden de los hermanos de la Espada, punto de reunión de toda la nobleza guerrera de la Alemania del Norte y en realidad la verdadera espada de Livonia, que, dispuesta siempre á pegar, no se dió punto de reposo hasta haber realizado los propósitos de Alberto en una de sus fases, es decir, hasta que Livonia y Estonia fueron conquistadas y hasta que sus habitantes hubieron doblado, aunque de mala gana, su cabeza ante el cristianismo y la civilización. Ciertamente que la orden se fundó estando Alberto ausente, pero es indudable que su fundación se hizo por encargo suyo y según su inspiración, pues lo que caracteriza á esta orden de caballería livonia, imitación en lo general de la de los Templarios, es que, al revés de lo que acontecía con las demás, no dependía directamente del Papa, sino que debía, en lo temporal y en lo espiritual, obediencia al obispo de Livonia. Así tenía este hombre de Estado en sus manos un arma que podía servirle de muy distinta manera que los vasallos y ministeriales de su patria servían á los señores espirituales que podían disponer de ellos para sus necesidades guerreras. El obispo Alberto no quería introducir ningún elemento perturbador en el Estado unitario livonio por él concebido; de suerte que la orden debía ser siempre lo que fué en su fundación, á saber, vasalla del obispo, señor único del país. Anticipándonos á los acontecimientos, vamos á exponer los rasgos fundamentales de la constitución y de la administración de la orden tal como la sancionó el papa Inocencio en su bula de 12 de octubre de 1204 y tal como fué modificándose andando los tiempos.

En virtud de la soberanía feudal del obispo, la orden, por medio de su jefe el maestre, tenía que prestarle el juramento de vasallaje, jurándole fidelidad y obediencia, con lo cual quedaba desde luego obligada á los servicios feudales. Por tanto la orden estaba sometida á la jurisdicción eclesiástica y civil del obispo, jurisdicción que no alcanzaba solo al maestre sino que se extendía á todos los hermanos de la orden y á los habitantes de los territorios que ya se le habían dado ó que en lo sucesivo se le dieran en feudo: todos tenían derecho para apelar, aun en los asuntos civiles, de la sentencia del magistrado de la orden ante el obispo.

Esta relación de dependencia hubiera sido sumamente clara si el obispo, á su vez, no hubiese tenido dos superiores, á saber: por una parte el emperador y el imperio, de quienes tenía en feudo la Livonia, como mas adelante veremos, y por otra el Papa, que á tenor de las ideas entonces dominantes era el supremo poseedor de todos los poderes. De modo que respecto del emperador y del imperio la orden tenía la condición de sub-vasallo, pues entre una y otros había el obispo (después los obispos) como vasallo del imperio y señor feudal respectivamente (1). Pero como á pesar de esto y quizás precisamente por esto, el Papa obraba como supremo señor del país, llegando mas adelante hasta á formular pretensiones sobre Livonia como verdadera propiedad de la Sede romana, todas las cuestiones litigiosas sobre las cuales la orden no podía llegar á una inteligencia con su señor feudal eran llevadas á la decisión del pontífice y las resoluciones por éste dictadas ora directamente ora por mediación de sus legados constituyeron luego, como con razón se ha hecho notar, los fundamentos de toda la organización política de Livonia. Hubiera sido, por lo mismo, un desinterés inusitado por parte de la orden no aprovechar la ocasión que su situación especial

(1) Véase Bunge: *La orden de los hermanos de la Espada, su fundación, constitución y fin*, Leipzig, 1875.

le brindaba para ensanchar su poder a costa de la autoridad del obispo, y contribuyó poderosamente a que lo consiguiera la excelente organización interna de que estaba dotada.

Los miembros de la orden se dividían en tres clases, hermanos caballeros, hermanos sacerdotes y hermanos servidores, y prestaban los cuatro votos de obediencia, pobreza, castidad y de luchar contra los infieles: de este último voto, como se comprenderá, estaban exentos los hermanos sacerdotes. Al frente de todos ellos estaba el maestro de la orden, que era elegido por todos los hermanos de entre la clase de los caballeros y cuya elección no necesitaba probablemente confirmación alguna. El maestro residía en Riga, todos los hermanos le debían obediencia y solo en determinados casos de mucha importancia estaba obligado a convocar la asamblea de los hermanos, el capítulo de la orden, pero ni aun entonces tenía la obligación de seguir su consejo. En la guerra era general en jefe de todo el ejército cristiano, pero el que mandaba ponerlo sobre las armas era el obispo. Posteriormente, al lado del maestro vemos como supremos funcionarios de la orden a los comandadores, que en Livonia llevaban también el título de maestros, *magister*: había cinco de ellos, en Reval, Fellin, Wenden, Segewold y Ascheraden, y a este orden correspondía probablemente su categoría. Los que vemos mencionados desde más antiguo son los de Wenden y de Segewold. Junto a ellos citanse también los administradores, *advocati*, que no hemos de imaginarnos, por analogía con la orden teutónica, como presidentes de pequeñas villas de la orden sino como empleados que además del carácter militar de que estaban revestidos, funcionaban como recaudadores de contribuciones y se encontraban al frente de grandes territorios.

De estos administradores vemos mencionados cuatro, los de Harrien, Jerwen, Sakala y Oesel.

Era regla general que todos los hermanos caballeros habían de ser de estirpe noble. Llevaban una túnica blanca escotada; en los hombros la característica capa blanca con una cruz encarnada y debajo de ésta una espada, encarnada también, con la punta hacia abajo (1). En tiempo de guerra hemos de suponer que iban montados, vestidos con espesa cota de malla y provistos de escudo, espada, lanza y quizás también de maza. Después de éstos venían los hermanos servidores, que se subdividían en dos grupos, uno más respetable, que era el de los escuderos, y otro de los hermanos artesanos, en el cual figuraban entre otros los herreros, cocineros, panaderos, criados, etc. Los hermanos de estos dos grupos no podían ser de estirpe de caballeros, pero debían probar que eran libres por nacimiento. Los escuderos vestían cota de malla oscura y armadura ligera; iban armados de escudo y espada y llevaban también la cruz y la espada, signos distintivos de la orden. Cuando el ejército iba de marcha formaban la vanguardia y se les confiaban además los equipajes y los caballos de los caballeros.

Hablemos finalmente de los hermanos sacerdotes, que en los castillos y casas de la orden, en el campo y donde quiera que fuera necesario cumplían su misión entre los caballeros, los cuales, por ejemplo, no podían confesar más que con ellos. No se les exigía que fuesen de estirpe de caballeros, pero el que lo fueran no era un obstáculo. El traje de la orden, que recibían de manos del maestro, consistía en una túnica blanca cerrada y estrecha con la cruz roja. Estos tres grupos constituían el círculo íntimo de la orden; todos esta-

(1) Esto último es una tradición. El papa Inocencio III fué el primero que con la bula de 20 de octubre de 1210 permitió a los hermanos de la orden llevar, además de la cruz de los templarios, otro distintivo como signo de que no dependían de éstos. Es muy verosímil que desde entonces se introdujera como tal distintivo la espada.

ban sometidos a la misma regla y cometerían una injusticia los que supusieran que vivían muelle y licenciosamente. Observábase la estrecha regla de los templarios y únicamente en sus últimos tiempos la orden de la Espada se dejó dominar por el orgullo y por el afán de los placeres. Tampoco hay que creer que los caballeros de la orden fuesen en su totalidad hombres especialmente ilustres. Los comienzos de la orden fueron insignificantes y el número de nombres de los hermanos que hasta nosotros ha llegado es sumamente corto. A los dos mismos maestros solo por sus nombres de pila los conocemos: además sabemos los nombres de nueve funcionarios de la orden, de quince hermanos caballeros y de tres hermanos sacerdotes, y en ninguno de ellos aparece demostrado que pertenecieran a conocidas familias de caballeros. Si la orden y la ciudad de Riga, que en punto a desarrollo rivalizaba con ella, florecieron tan rápidamente, debióse en primer término a la actividad del obispo Alberto, que llevó a aquel país guerreros y ciudadanos, y que atrajo a él a las congregaciones religiosas de los cistercienses y premonstratenses, que prestaron grandes servicios en la conversión de las poblaciones y en la roturación y cultivo del suelo. La catedral de Riga y el convento de Dunamunde (2) fueron los puntos de partida de muchos templos, parroquias y monasterios que con vigorosa mano cooperaron a la obra del obispo. Todavía está por escribir la historia de los servicios que los cistercienses especialmente prestaron como arquitectos de los más antiguos templos de Livonia, que aun hoy muestran, en sus ruinas o sobrecargados con edificios anejos o con restauraciones debidas a tiempos posteriores, una imagen de un arte digno de admiración y de un sentimiento grandioso.

Cada uno de los muchos viajes que hizo el obispo a Alemania contribuyó al robustecimiento de su Estado, mereciendo la gloria de haber dirigido al Nordeste el movimiento de las Cruzadas, dando nueva dirección a las expediciones que hasta entonces se habían encaminado a la Palestina y que ya no ofrecían probabilidad alguna de éxito duradero. Estas circunstancias le permitieron hacer avanzar la conquista del país y la conversión de los paganos con paso muy distinto del que habían seguido en tiempo de sus antecesores. Pero ya no fueron los livonios los únicos que entraron en el horizonte de la colonia alemana del Duna, pues se había demostrado que el que en aquellos territorios quisiera sentar firme planta, debía combatir y sojuzgar a las poblaciones de toda la costa desde Memel hasta Narowa.

Detengámonos un momento para recordar a grandes rasgos cuáles eran las residencias y las particularidades etnográficas de las distintas parcelas de pueblos que habitaban estos territorios.

El país comprendido entre Samland, patria del comercio del ámbar amarillo, y Luserort hasta muy cerca del Domeinas, estaba habitado por los curios, que habiendo expulsado a la insignificante tribu de los wendos se habían apoderado, además de la costa, de las comarcas de Windau y Abau, en la actual Curlandia. Confinaban con ellos sus afines de tribu los livonios, que habitaban desde la costa de Luserort, y siguiendo el golfo de Riga hacia el Norte, hasta la desembocadura del Salis, avanzaban por la cuenca del Aa livonio, probablemente hasta Ronneburgo, y tenían además su residencia en la orilla izquierda del Duna y en el Aa curio, río arriba. Este territorio se dividía en cuatro provincias: Thoreida, Metsepole, Idumea y «el país junto al Duna.»

Al Este de los livonios de Idumea y en los territorios

(2) Ya en 1204 el obispo Alberto trabajó para la fundación de un convento de cistercienses. En 1205 comenzó a edificarlo, instituyendo abad del mismo a Teodorico. En 1208 entraron en el monasterio los monjes de esta orden.

fronterizos, confundidos con ellos, vivían los letones, que se extendían hasta muy adentro del actual gobierno de Witebsk; en la orilla izquierda del Duna central, los seles, y al Este de los curios y al Sur de los livonios los semigalos. Después de éstos, más hacia el Sur y el Este, venían los lituanos. En las comarcas del Norte, como hoy en día en el Norte de Livonia y en Estonia y en las islas vecinas, residían los estonios, unidos en compacta masa (1). En las comarcas estonias abundaban poco los suecos; en cambio, por la orilla derecha del Duna se extendía, como hemos visto, la influencia rusa hasta las fronteras de los livonios.

Cada uno de estos pueblos tenía su idioma o por lo menos su dialecto especial, y se diferenciaba de sus vecinos por su traje y por sus costumbres, por más que la igualdad de nivel intelectual y la casi igualdad de condiciones climatológicas y materiales produjeran en todas partes modos de vida comunes e ideas análogas. Las diferencias principales que entre ellos existían pueden resumirse diciendo que los leto-lituanos (letones, seles y semigalos) se dedicaban exclusivamente a la caza, a la agricultura y a la ganadería, al paso que las tribus de sangre finesa (curios, oeseles, livonios y estonios) eran pescadoras y navegantes, lo cual equivalía entonces a ser piratas. Así como podemos decir, sin miedo de equivocarnos en mucho, que las creencias religiosas de los letones, seles y semigalos eran las mismas que hemos visto en los lituanos — culto de la naturaleza, en el cual en medio de la idolatría no se pierde del todo la idea de una divinidad única, — las tribus finesas nos ofrecen un verdadero ejército de semidioses sin que penetre en ellas con la debida claridad la noción de un solo Dios. La idea de otra vida después de la muerte era común a ambos grupos, no pudiendo abrigarse sobre este particular duda alguna, pues además de lo que nos dice la tradición, consignada en las fuentes a que acudimos, tenemos los irrefutables resultados de las excavaciones. Todos estos pueblos quemaban o enterraban los cadáveres. Como diferencia esencial entre ellos hemos de consignar que en la vida religiosa de las tribus finesas aparece cierta hechicería parecida al chamanismo, al paso que en las leto-lituanas no encontramos sacerdotes especiales.

No existen en estos pueblos formas fijas de vida política: ninguna tribu ha llegado a constituir una unidad monárquica, sino que se divide en provincias más o menos grandes entre las cuales existe indudablemente una cohesión, pero sin que aparezca una organización sólida. Dentro de las provincias encontramos muchos caudillos que podrían ser considerados como una especie de casta de soberanos si pudiera demostrarse con seguridad que sus cargos eran hereditarios, cosa que, en lo que alcanzan nuestros conocimientos, pudo ser cierta en algunos casos excepcionales, pero no formar una regla general.

La población vivía en aldeas abiertas o en cercados, pero en los tiempos de guerra encontraba asilo en los fuertes de madera construidos en las colinas, cuyas fortificaciones podían ofrecer, dada la primitiva estrategia de estos pueblos, una defensa hasta tanto que se apaciguara la furia guerrera, pues las guerras tenían allí simplemente el carácter de expediciones de botín y de venganza, y con la misma rapidez con que estallaban quedaban sofocadas. Cuando se trataba de llevar a cabo una de estas expediciones, los caudillos y los hombres aptos para el servicio militar celebraban un consejo general, siendo elegido jefe, no sabemos con qué formalidades, el que era reconocido como más valiente: hecho esto, y sin

(1) Como se comprenderá, la índole de nuestro trabajo solo nos permite trazar las líneas generales. Los territorios fronterizos y las separaciones provinciales han sido casi en todas partes causa de disputas.

previa declaración de guerra, el ejército expedicionario se dirigía, andando día y noche, a pie y a caballo, al territorio de los desprevenidos adversarios, y una vez en él atacaba las aldeas, robaba, saqueaba y asesinaba y regresaba a su patria cargado de botín. Si las tribus amenazadas habían sido oportunamente advertidas, los invasores encontraban las aldeas completamente abandonadas, pues sus habitantes habían corrido a refugiarse en los fuertes o en la espesura de los bosques. Entonces los agresores pegaban fuego a las poblaciones, y martirizando a los infelices de quienes habían logrado apoderarse procuraban averiguar el lugar en que los fugitivos se habían refugiado y ocultado sus bienes. El poste del tormento representaba también aquí su siniestro papel, pero como entre los pueblos salvajes de hoy, encontramos enfrente de las inhumanas crueldades, heróicas resistencias. Un ejemplo podrá ilustrar esta manera de hacer la guerra.

En 1215 los estonios de dos provincias invadieron el país de los letones y consiguieron apoderarse del caudillo de la villa de Trikatén, que imprudentemente había salido de su escondite y a quien, según dice el cronista, comenzaron a quemar vivo con gran crueldad y amenazaron con matarle si no les entregaba todo su dinero. «Y él les entregó 50 pendientes, y ya no le quemaron más. Y entonces dijo: «Si os enseño todo mi dinero y el de mis hijos me quemáis,» y no les quiso dar más, en vista de lo cual volvieron a ponerlo en el fuego y lo asaron como un pescado, hasta que entregó su espíritu y murió.» La venganza que tomaron los hijos de la víctima fué horrorosa: en efecto, reuniendo un ejército letonio invadieron a su vez el país de los estonios, incendiaron los fuertes y las aldeas, escudriñaron todos los escondrijos y no hubo selva por espesa que fuera que no recorriesen. En cuatro de estas correrías, que se sucedieron con poco intervalo una de otra, mataron a todos los hombres que cayeron en su poder, se llevaron como esclavos a las mujeres y a los niños, robaron caballos y bueyes y no cesaron en su empresa hasta que hubieron dado muerte a más de mil personas, ora quemándolas vivas, ora infiriéndoles «otros diversos martirios.» En su última expedición se encontraron con que ya no había en aquel país ni habitantes ni provisiones.

Pero lo peor de todo no eran estos casos aislados, sino el continuo estado de guerra que, interrumpido únicamente por algunos períodos cortos de paz, imprimió en el carácter de la población aquel sello de dura astucia y de deslealtad sin límites que hacía de todo punto imposible el desenvolvimiento pacífico de la civilización y de las buenas costumbres. La paz solo podía ser establecida en estos países por medio de la tiranía de un hombre más fuerte que los indígenas.

Los primeros que se inclinaron ante la superioridad moral y material de los alemanes fueron los livonios, los cuales a fines del año 1206 habían reconocido ya la supremacía romana y recibido las aguas del bautismo: su más ilustre caudillo, Kaupo, se hizo gran amigo de los alemanes desde que Teodorico, por encargo de Alberto, le llevó a Roma y le presentó al papa Inocencio III. En su viaje por Alemania, el bárbaro se convenció de que sus compatriotas eran impotentes para resistir la fuerza inextinguible que a sus ojos desplegaba aquella nación con sus ciudades, castillos y hombres aptos para el servicio de las armas; mas aun se confirmó en esta idea cuando después de haber pasado los Alpes pudo conocer las maravillas del Sur, ver la ciudad eterna, Roma, y hablar con el representante de Dios sobre la tierra. Inocencio dispuso al caudillo livonio una amable acogida, le besó como al primer creyente de su tribu, le hizo referir varias cosas de los livonios y de los pueblos vecinos, y se despidió de él regalándole cien piezas de oro y una preciosa

Biblia escrita de puño y letra de un papa Gregorio, no sabemos cuál. Todas estas eran impresiones que no se borraban y el obispo Alberto cuidó, además, de que muchos indígenas estudiaran en Alemania la civilización de que eran representantes los que habían ido a establecerse en su país. Todos ellos fueron después celosos cooperadores de su obra. Finalmente, el obispo consiguió asegurar la situación de Livonia aun desde el punto de vista del derecho político. En efecto, en 1207 hizo un nuevo viaje a Alemania: cierto que el rey Felipe no se había reconciliado aun con el Papa, pero todos los indicios demostraban que se acercaba el término de la lucha, razón por la cual Alberto se atrevió a presentarse de nuevo en la corte del monarca. En 1.º de abril de 1207 recibió de manos de éste la Livonia a título de feudo, con lo que vino a ser príncipe del imperio alemán.

A su regreso a Riga esperábase una grata noticia: los wendos y una parte de los letones se habían sometido y el terreno parecía bien preparado para ulteriores empresas hacia el Este, el Sur y el Norte. Gracias al auxilio de los peregrinos, las murallas de Riga habían alcanzado una altura tal que un ataque enemigo no debía inspirar cuidado alguno: además, con el nombramiento de sacerdotes y con la erección de templos se procuró que el cristianismo echase también sus raíces en los territorios recientemente conquistados.

Entonces se atendió a otra cosa importante. La orden, que — como dice Enrique de Letonia — veía cada día aumentarse por gracia del Señor el número de sus caballeros y servidores, exigió el premio de sus trabajos, pidiendo por tal concepto la tercera parte de los territorios conquistados y de los que en lo sucesivo se conquistaran. El obispo Alberto accedió en parte a lo que se le demandaba, bien que de muy mala gana, pues esta era la primera brecha que se abría al plan, hasta entonces constantemente realizado, de no consentir otro soberano en el país. La primera parte de la demanda fué, pues, concedida; no así la segunda, a pretexto de que no podía otorgarse lo que aun no se poseía. El maestre Wenno se contentó con lo que le daban y escogió el territorio del otro lado del Koiwa — así se llamaba entonces el Aa livonio — y con la mejor armonía se procedió a la realización de los ulteriores planes de guerra de Alberto. Los rusos, en quienes la resistencia de los livonios había encontrado hasta muy recientemente un apoyo siempre espontáneo pero nunca suficientemente enérgico, fueron expulsados de Kukenois, junto al Duna, y el príncipe Wissenwaldo (Wsewolod) de Gercike se vió obligado a evacuar el territorio de los letones y de los livonios, que hasta entonces le había pagado tributo, y a recibir sus propias tierras de mano del obispo en calidad de feudo de bandera. De esta suerte fueron desalojados los rusos, a fines de 1208, de los puestos avanzados que ocupaban en el Duna. Este enemigo, que parecía el mas peligroso por la extensión de territorios que a su espalda tenía y por su gran práctica guerrera, había demostrado poseer escasas dotes de resistencia. A estas victorias hay que agregar todavía algunas otras. Un ejército de salteadores lituanos que, siguiendo su costumbre, se habían lanzado sobre el país como lobos hambrientos, llevando el robo y el incendio hasta mas allá del Koiwa, fué derrotado cuando emprendía la retirada; también en el Sur consiguió Alberto sentar su firme planta, después que hubo logrado conquistar la principal fortaleza de los seles, construyendo en aquella comarca, y como siempre en el lugar mas a propósito, un castillo para los caballeros, cuyas murallas levantadas en condiciones que pudieran resistir la acción de los siglos, ofrecían asilo y defensa a las posteriores generaciones. El mas risueño horizonte parecía extenderse ante la colonia, cuando el país se sintió de repente conmovido por la terrible noticia de que el maestre de la

orden de los hermanos de la Espada, Wenno, había sido asesinado en el palacio episcopal de Riga. Un hermano de la orden loco ó exaltado le había herido con su destal. ¿De qué servía que el asesino hubiese perecido en la rueda del tormento? De todas maneras, el crimen se había cometido y el cambio ocurrido en el cargo de maestre no fué en modo alguno favorable a Alberto. El sucesor de Wenno, Volquin, entendió de muy distinta manera que éste la misión que su posición le imponía y su ambición le impulsó a procurar para la orden la mayor independencia posible. Quería como igual estar al lado de sus iguales y no tener que reconocer al obispo como soberano. Aun cuando aparentemente subsistía el buen acuerdo, el antagonismo de principios que existía entre dos hombres perspicaces y aferrados a sus respectivos fines originó muy pronto un estado de cosas tan intolerable, que en el otoño de 1210 se encaminaron ambos a Roma para que el Papa dirimiera la contienda. Inocencio, sin embargo, dictó una sentencia que ninguna de las dos partes esperaba: también a él le halagaba el país virgen de Livonia, que no tenía detrás de sí un pasado de derechos, preocupaciones y costumbres tradicionales y que le incitaba a crear allí algo enteramente nuevo. No quería tolerar un Estado unitario sometido a la soberanía de un poderoso obispo, ni siquiera a la de un arzobispo, sino que deseaba clavar en aquel remoto rincón de la cristiandad católica la palanca que había de servirle para deshacerse del poder de los metropolitanos, que tantas veces había sido un obstáculo para sus planes. Su objeto era crear una serie de soberanías espirituales sin mas jefe supremo que la sede de San Pedro, y si bien concedió al obispo de Riga la facultad «de elegir y consagrar obispos, cual si fuera arzobispo, en los países ultramarinos que Dios había sometido a la fe cristiana por medio de la Iglesia livonia,» no quiso con esto dar al obispado de Riga una situación de soberanía, sino simplemente — y así se hizo después de una manera mas precisa — disputar primero y luego ignorar y negar la supremacía que hasta entonces había pretendido y ejercido la archidiócesis de Bremen (1). Inocencio estaba decidido a no consentir que Riga fuese la sucesora de Bremen. Prohibióse al obispo de Riga que se extendiera mas allá del país de los livonios y de los letones; los territorios situados al otro lado de esta línea fronteriza debían ser cedidos a la orden para que se erigiera en ellos en potencia territorial independiente con obispos también independientes del de Riga; y por último en la Estonia septentrional debía fundarse un obispado completamente desligado así de Riga como de la orden. Si entre todas estas potencias se mantenía el equilibrio, lo cual era muy posible, el Papa dominaría sobre todas ellas como soberano único y absoluto. Con esto se hacía penetrar por vez primera en una corporación político-religiosa la idea del poder metropolitano y lo que a la sazón acontecía en Livonia podía algun día servir de modelo para Alemania ó para cualquiera otra nación. Era este un plan digno de las elevadas miras y de la perspicacia de un Inocencio.

No puede, con todo, asegurarse que fueran éstos los motivos que le indujeran a pronunciar la famosa sentencia de 20 de octubre de 1210 que, a pesar de todos los cambios, fué el fundamento de la posterior confederación livonia. El papa Inocencio III no era aficionado a seguir la costumbre, tan inveterada en la cancillería pontificia, de consignar previamente en los preámbulos de sus bulas el programa de sus acciones, sino que quería ser juzgado por sus actos, y esto

(1) Esta hipótesis ha sido por vez primera explicada de un modo claro y convincente por Dehio en su *Historia del arzobispado de Hamburgo-Bremen*.

justifica aquella hipótesis. En los grandes hombres de Estado de la Edad media es permitido suponer grandes planes. El texto de esta bula merece ser consignado íntegro. Dice así:

«Inocencio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a su amado hermano Alberto, obispo de Riga, salud y bendición apostólica.

»Como entre tú y los hermanos de la orden de caballería de Cristo se han entablado debates acerca de la suerte de los países que por la gracia del Espíritu Santo se han convertido recientemente a la fe cristiana; habiendo examinado la cuestión litigiosa, hemos llegado en definitiva y por nuestra mediación al siguiente acuerdo: Los hermanos tendrán en feudo del obispo de Riga la tercera parte de estos países, es decir, de Letonia y de Livonia, sin que por ello estén obligados a mas servicios laicales que a la defensa en todos tiempos de la Iglesia y de la provincia contra los paganos y a jurar cada nuevo maestre al obispo de Riga obediencia en este concepto (es decir, obediencia religiosa). Los hermanos y los clérigos de que se sirvan para sus necesidades religiosas no le pagarán (al obispo) ni el diezmo ni las primicias, ni tampoco limosnas ni derechos de sede; los labradores del país (de la orden) darán a sus iglesias el diezmo de sus rentas, y si el obispo no renuncia a ella por motivos poderosos y racionales, le corresponderá la cuarta parte del mismo diezmo (la *cuarta decimarum* usual). Los hermanos y sus descendientes tendrán el derecho, en caso de estar aquellas iglesias vacantes, de presentar personas aptas al obispo de Riga, el cual cumpliendo sus deberes de curador de almas no podrá oponerse a su confirmación. Cuando tú ó uno de tus sucesores considere necesario visitar sus casas, han de mantenerlos en ellas (es decir, en los castillos de la orden) a cualquiera de vosotros y además a veinte acompañantes: dos veces al año procurarán recibirlos en las iglesias parroquiales.

»De todos aquellos territorios que, fuera de Livonia y de Letonia, puedan con la ayuda de Dios conquistar los citados hermanos, no han de dar cuenta alguna al obispo de Riga, el cual no podrá imponerles por esta adquisición gravámen alguno. La institución de los obispos que en esos territorios hayan de colocarse se hará amistosamente, ó se esperará para ello la decisión que tenga a bien pronunciar la Sede apostólica. Y como los hermanos siguen la regla de los templarios, llevarán en la túnica otro distintivo para indicar que no dependen en modo alguno de éstos. Tendrán libre el entierro para ellos, para sus criados y para todos cuantos quieran ser enterrados con ellos y solo deberán pagar los derechos canónicos a los templos en que se entieren los cadáveres. Y como aprobación de este acuerdo les hemos robustecido con la autoridad apostólica y provisto de esta carta.» La carta terminaba con las fórmulas acostumbradas.

Una segunda bula redactada en el mismo día y concebida casi en idénticos términos fué entregada al maestre Volquin y en 20 de enero del siguiente año el emperador Oton confirmó a la orden la posesión, que desde entonces quedó asegurada jurídicamente por todos lados.

En la primavera del año 1211 regresó Alberto a Livonia presa de tristes presentimientos: un hombre mas fuerte que él se había atravesado en su camino y le había desviado de la senda emprendida. ¿Podía esperar, a pesar de todo, ver conseguido su objeto? Por de pronto, las circunstancias se le mostraban desfavorables. Ya antes de emprender su viaje a Roma se había puesto de acuerdo con Teodorico, abad del convento de Dunamunde, para consagrarle obispo de Estonia (1), y la consagración tuvo efecto entonces con la asis-

(1) Así resulta del documento del emperador Oton, de enero de 1211.

tencia de los obispos de Verden, Paderborn y Ratzeburgo. Teodorico debía residir en Leal y su diócesis abarcar todo el país de los estonios. Saccala y Ugaunia, que eran las provincias mas meridionales de la Estonia y que estaban respectivamente situadas al Oeste y al Este de Wirzjarw, habían sido conquistadas por la orden, bien que con la ayuda eficaz del obispo. Volquin, apoyándose en la decisión de 1210, pidió un nuevo obispo para estos territorios, petición a la que accedió el Papa, después de algunas vacilaciones, confiando la institución del nuevo prelado, no a Alberto, sino al arzobispo de Lund, es decir, a una potencia completamente extranjera que nada tenía que ver con la Livonia. Al propio tiempo confirmó Inocencio a Teodorico de Leal, concediéndole atribuciones que le igualaban al obispo de Riga y disponiendo que en lo sucesivo tampoco el obispo de Estonia estuviese sujeto a ningún metropolitano: sin ver que de esta suerte confería a dos personas distintas un mismo territorio, pues que el obispado de Estonia, que había de ocupar Teodorico, ó Dietrich como le llamaba el Papa, y el de Saccala y Ugaunia, que había de proveerse desde Lund, no formaban mas que uno solo. De esta suerte la confusión y las rivalidades se enseñorearon de Livonia, tanto mas cuanto que se concedía al clero de Lund una especie de patronato sobre la orden. El viaje a Roma que en 1215 hicieron Alberto y Teodorico para asistir al gran concilio de Letran dió por resultado restablecer en este estado de cosas el orden mas puramente preciso. La independencia de la iglesia livonia respecto del arzobispado de Bremen, que incidentalmente se había decretado en 1213, no quedó definitivamente establecida; en cambio, se renunció al proyecto de un obispado de Saccala y Ugaunia y se arreglaron, aunque no de una manera muy concreta, las relaciones entre los obispos y la orden. Después de esto, falleció el papa Inocencio, cuya oposición a los planes de Alberto no había sido nada beneficiosa para Livonia, y, antes al contrario, fué muy funesto para aquel país el pretexto que con su conducta dió a la potencia danesa para ingerirse durante mucho tiempo de un modo decisivo en la historia livonia. También la política del rey Federico II opuso al desenvolvimiento de Livonia un obstáculo muy difícil de vencer, pues en virtud del acta de cesión por él promulgada en la dieta que se celebró en Metz, en enero de 1215, concedió al rey Waldemaro de Dinamarca el territorio que se extendía mas allá del Elba y del Elde y dentro del cual no estaban comprendidas las ciudades de Hamburgo y de Lubek. Si se tiene en cuenta que precisamente entonces Hamburgo pretendía hacer valer sus derechos metropolitanos sobre el Este del imperio poniéndose frente a frente de Bremen, a la sazón desgarrada por luchas intestinas; que Livonia estaba de derecho sometida a Bremen; que si Hamburgo hacía triunfar sus pretensiones pasaba a la jurisdicción de la metrópoli danesa, y que Lubek era el punto de partida de todos los cruzados livonios, se comprenderá cuán trascendental había de ser para Livonia esta cesión del rey Federico. Hacía ya algunos años que la influencia danesa se había comenzado a dejar sentir en Livonia, habiendo hecho las circunstancias que la Estonia fuese la primera en sentirla.

En 1208 la orden y los letones convertidos habían comenzado a realizar la sumisión de los estonios, vengándose entonces los letones de los malos tratamientos que durante muchos años les habían hecho sufrir las tribus estonias. El obispo Alberto se había mantenido apartado de esta empresa, ignoramos por qué motivos: para los livonios y letones episcopales negoció un armisticio con los estonios y no tomó parte en la expedición dirigida contra Ugaunia y mandada por Bertoldo de Wenden, que ocupaba el puesto